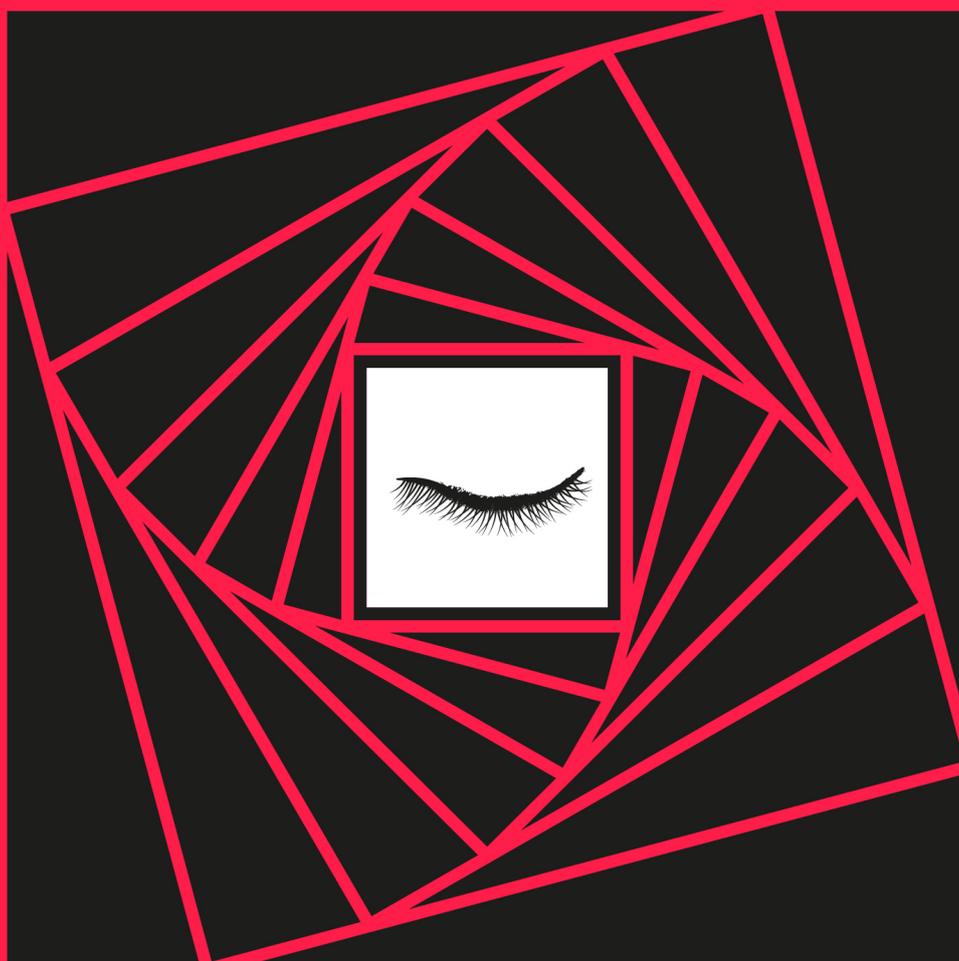


LO QUE IGNORO DE MI (cap. 1 al 8)

M. J. SEMHAN

JOSEFA SEMHAN

LO QUE IGNORO DE MI



# Capítulo 1

Los hechos no serían tales de no haberse producido en la sucesión en que lo hicieron. Yo no sería yo, ni ellos ellos. Bien podría empezar por el principio, es cierto. Pero lo que en verdad importa no es la cronología, sino la búsqueda de aquella fuerza, que desde lo profundo, ordena la vida.

Estoy en mi taller. Hago máscaras. Únicas.

Crear me sirve para silenciar mi cerebro, me obliga a enfocarme en cada detalle. Me escapo, lo sé. Mis máscaras deben contenerme y a la vez esconderme. El molde plástico que uso como base, de todas ellas, es una réplica de mi propio rostro. Cubro el molde con yeso húmedo y una vez seco, sólo yo puedo saber que estoy escondida detrás. Recubierta, después, con capas de relleno, de tules, plumas y acrílicos. Aumentada, estirada, decorada con perlas y estrases, con piedras. Una vez lista no se distinguen mis rasgos. Nadie puede verme en realidad. Mi trabajo es una metáfora de mi vida.

El taller, es mi catarsis.

Una tarde me llegó, no recuerdo cómo, un anuncio sobre un curso experimental de máscaras. En aquel entonces buscaba crear algo, quería acallar mi mente, encauzar una energía que brotaba de mí indomable; me estaba ahogando de energía y aquel curso llegó justo. Me inscribí sin pensarlo.

Dos semanas más tarde me encontré sentada en una banquetta alrededor de una mesa rústica de madera. Saboreando esa familiaridad extraña de un grupo forzado por el azar.

Ahí me enteré que aquel señor bien vestido y de barba desarreglada era bastante conocido en el ambiente artístico. De pie frente a nosotros, Federico dedicó la primer media hora a interiorizarnos en su rutina. Un tiempo después aquella presentación cobraría un sentido diferente, en aquel momento fué un simple decorado introductorio: vivía sólo en San Fernando en una casa heredada de su padre, y ese grupo ahí presente vivenciaba el último taller que pretendía dictar antes de retirarse. Nos contó cómo cada mañana caminaba diez cuadras con destino al Tren Mitre, viajaba una hora y pico a Retiro, y desde ahí tomaba un colectivo hasta Avenida Santa Fe, donde tenía el taller, ese mismo lugar que ahora nos reunía a todos. Odiaba viajar en auto desde provincia. Prefería el transporte público, ahí se inspiraba para llegar a trabajar con una sensación que describió como "de robar vidas y rostros para fabricar los suyos". En aquel momento pude hacer empatía con Federico, yo amaba recorrer la ciudad mirando la gente, imaginando las historias detrás de

esas facciones cansadas, de las arrugas, de los granos, los bigotes, los lunares, las cicatrices y de las pestañas postizas. Mirar desconocidos me hacía sentir conectada a ellos, fantasear con que de alguna extraña manera entendía un poco más de lo que existe. Incluso de vez en cuando, podía sentir en mi cuerpo cuando me quedaba con una pizca de su esencia para después volcarla en mis creaciones. Verme rodeada de desconocidos me regalaba historias interminables. Sensaciones. Por su parte Federico ya quería decir adiós a las máscaras. Se había convencido en darle un giro a su vida, aunque esa parte no la confesó en aquel encuentro.

Estaba sólo en el mundo, y se jactaba de eso. Nos habló de la libertad que tenía, esa libertad que te roba estar atado a una familia. Nos dijo que él era de esas personas que nadie reclama, ni nadie recuerda, que pueden irse o morir y estar años sin que nadie se percate de su ausencia. Nos dijo también que esa libertad suya había sido pensada, buscada. Adoraba estar solo. Con tanto tiempo dedicado a su trabajo vendía bien. Dentro del ambiente artístico era reconocido, por eso había tantos inscriptos a su taller. Nos contó que estaba cansado, pretendía quedarse en su casa, trabajando tranquilo, vendiendo a la distancia. Una o dos obras importantes cada tanto eran suficientes. No lo atraía el dinero, tenía más en su cuenta de banco del que pretendía gastarse en lo que le quedaba de vida, pero de eso me enteré después. En ese momento nos contó que hacer máscaras lo ayudaba a perderse, a viajar dentro suyo. También nos dijo que ya era momento de cambiar de rumbo. Y por eso ideó el taller. Sin advertirnos de sus intenciones pensaba elegir un sucesor dentro de nosotros. Era algo impensado dejar su emprendimiento librado al olvido. Su sucesor debería hacerse un nombre propio, en algún futuro. Pero, por lo pronto, salir al mercado de la mano de Federico McAlbin ya era un excelente puntapié inicial.

Desde la clase uno Federico supo que yo era la elegida. Y hay veces que estoy convencida que, aún antes de que nos conociéramos, él lo sabía. Aquel taller fué una casualidad, pensaba yo entonces. Aquello fué un giro en mi vida. Hoy la única forma de verme a mi misma es a través de mis máscaras y de Federico.

En aquel primer encuentro supe, sin dudarlo, que Federico se me parecía en distintas formas. Estaba sólo en el mundo y le gustaba. Fantaseé desde ese primer encuentro con generar un vínculo con él. No era una atracción del tipo amoroso, más bien familiar. Cuando hablaba de su soledad me resultaban palabras salidas de mi propio cerebro, como una sinestesia intelectual. Algo que nunca había experimentado antes. No me equivocaba. Si el sentimiento es tan fuerte es por la reciprocidad. Si no, se trataría de una obsesión, algo que siempre detesté y que sabría detectar en mí. Hablo de un sentir profundo, una conexión más allá de las palabras.

Recién finalizada la tercera clase me invitó a su casa. Esa misma noche, después del taller fuimos a San Fernando. Aquella casa era demasiado grande para una sólo persona. Amplia y luminosa. El living, comedor y la cocina se conectaban con la galería a través de puertas ventanas de hierro de vidrios repartidos. Había sillones. Poca decoración, todo cálido. Era una casa moderna, de las que salen en las revista de decoración. Por unos minutos quedé prendada del lugar. Me preguntaba si era creación propia o de un arquitecto o decorador.

—No viene mucha gente a mi casa —me dijo rompiendo mi letargo, y estuve casi segura que intuía mis pensamientos. Todo eso era obra suya. No necesitaba un decorador.

Ahora entendía por qué la necesidad de no volver a Capital: la casa.

Estoy segura que las personas comunes no lo entenderían. Aquello era un oasis de creación, una burbuja de paz. Inspiraba a hundirse en lo más profundo del alma, en ese rincón del espíritu que se despierta en la soledad. Ese lugar era la puerta a la soledad. Los grillos cantaban, y se respiraba el aroma a tierra húmeda.

Aquella noche fué sólo el comienzo de tantas noche. Cenamos.

Federico fué un punto de partida en mi vida artística, y en todo lo demás, sin él yo no sería hoy lo que soy.

No nos separamos más, pasamos tardes y noches hablando de nuestros miedos. Nuestro amor a la soledad y la introspección, y el rechazo a la multitud y a las charlas vacías. Su soledad y la mía se acompañaban. Con el tiempo descubrimos una fijación temática en común. Muchas de nuestras charlas giraban en torno a la justicia. Los debates sobre lo justo y lo injusto eran una constante. Resultó que con los años habíamos descubierto dentro nuestro un sentido de justicia más allá de las normas morales de hoy. En aquel entonces todo quedaba en el ámbito de la fantasía. Sin embargo fue aquello lo que nos desnudó por completo, entre nosotros no había secretos. Eso creía yo.

## Capítulo 2

Estoy recostada en el sillón de mi taller. Mis oídos zumban. Mi cerebro parece tener incrustada una aguja gigante.

Aturdimiento. <<Un terror me inmoviliza. No sé de qué me escondo. Me niego a ir a casa. El taller es mi guarida. No voy a atender el celular. ¿Qué pasó? Estoy encerrada en mi taller y en mi misma>>

No me resulta extraño que el cerebro no me da pistas. Mi departamento está a 15 cuadras y una fuerza que desconozco me dice que no regrese. Pero no es la primera vez que me pasa.

Respiro. Tengo que recobrar el aliento, calmar los latidos de mi corazón desorbitado.

Mi taller, herencia de Federico, se ubica en una galería de moda sobre Av. Santa Fe. Una casa vieja minada de locales de arte alternativo. Recuerdo la fecha y la hora exacta de aquel primer curso de mascarás. Se mantiene en mi mente. Imborrable.

Hoy, la vidriera muestra mi trabajo a los curiosos que recorren sus pasillos diariamente. Mi taller es un cuarto con entrepiso de madera que recibe todo el sol de media mañana. Pero hay muchos locales en esta galería. Se pueden ver en las vidrieras ropa, juguetes, libros. Los pequeños creadores a los que el mundo empieza a disfrutar, oficios que salen a flote nuevamente dejando de lado, por un momento aunque sea, las chucherías made in Taiwan.

No sale ni muy caro ni muy barato tener el taller acá, pero me ayuda a que la gente vea mi obra. Puede que los entretenga, que les guste, aunque sea para pasar el rato. Después de todo tengo que vender mi arte y no me va tan mal. Federico sigue teniendo el nombre de siempre e incluso el mismo reconocimiento, yo lo acompaño a sus muestras. Expone sus obras. Una o dos veces al año viaja a otros países. Sigue vendiendo bien. Por mi parte, no logré tener su renombre, pero el pequeño público que me conoce me apodó "la iniciada", porque mis obras vienen de él, mi arte viene de él.

Muchos disfrutaban mis máscaras como una pieza artística, otros pasean, mirando las vidrieras buscando en qué gastar y mis máscaras resultan una excusa extravagante para los tímidos que necesitan meterse en la piel ajena, escaparse un rato de ellos mismos. Jugar.

A veces pienso en las máscaras que vendí. Un día alguien entró, se la probó y se fué con ella. Conmigo. En algún lado debe estar mi rostro, oculto, mirándolo todo con sus ojos ciegos. A veces me las imagino colgadas de las paredes, decorando algún salón importante. O tal vez en el pasillo de algún departamento oscuro de Palermo. En el cajón de los juguetes de algún niño, o perdidas entre hojas amarillentas en el fondo de una caja de madera en un garaje. Mis máscaras son como la gente que camina por la calle, ellas también tienen su propia historia, sus propias vidas.

El entrepiso del taller es cerrado y se sube por una escalera caracol de hierro que da una vuelta sobre sí. Un ventanal enorme de vidrios repartidos me deja ver Avenida Santa Fe desde ahí, me gusta el movimiento de la ciudad cuando despierta. Hace años aprendí a despertar con ella. Despacio, una o dos personas aparecen en las calles vacías. Los colectivos de madrugada, silenciosos, llevan en sus entrañas un par de pasajeros. Y después el sol, saliendo de a poco por entre la neblina, trayendo más personas y pasos lentos de llegar al trabajo. El minuterero corre y la luz se torna más intensa, los colores de la ciudad se vuelven nítidos y el movimiento se acelera. Más autos, y colectivos rebosantes de pasajeros y gente apurando el paso. Otro día más que arranca. Todos saliendo del hormiguero y dispersándose por la ciudad que madruga una vez más.

Yo. Otro día más en mi sillón. Duermo acá. Me recuerda a aquella incómoda cama heredada, ¿dónde estará mi cama de pino de provinciana recién llegada?, creo que la tiré, o la doné. La misma semana en que me mudé a Buenos Aires, mi abuela cargó esa cama en su camioneta y manejó 400 km para traerla. Me dijo que la cuide, que conmigo iba a seguir en la familia. Tenía cáncer, y repartía sus chucherías entre la gente como una forma de perpetuarse. Una manera de quedarse, de que la recordemos. Yo sólo tenía de ella esa cama y nada más. Sin recuerdos ni anécdotas, lo único que me quedaba era la cama. Cuando murió también se llevó con ella lo único a lo que podía llamar familia. Me había criado en su casa, y aunque ella nunca estaba, yo podía decir a la gente que vivía con mi abuela. Más que nada en la adolescencia fue importante poder tener un familiar cuando el grupo de amigos me obligaba a sincerarme. De mis padres nunca vi más que una foto, me habían abandonado con mi abuela para desaparecer. Yo tenía apenas unos cuantos meses. La abuela no hablaba de mis padres, fueron siempre un gran agujero en mi historia, un barranco enorme al que nunca me permití caer. La incógnita de su destino me persiguió durante los años de la adolescencia. Durante esa época sólo pude esconderme de mi misma leyendo, viviendo vidas ajenas para escapar de aquella parte oscura. Un demonio que parecía aparecer en aquellos momentos en los que pretendía llenar ese vacío de mi propia

historia.

Ni siquiera podía permitirme odiar a mis padres, ¿cómo odiar la nada? O culpar a alguien de quienes sólo viste una fotografía. La tengo todavía, algunos días los veo, y a través de sus rostros recreo sus historias. Hoy me permito hacerlo, pero siempre falta algo. Una verdad a la que no voy a llegar nunca. Igual me animo a inventar sus vidas, pensar lo que fueron antes y lo que son ahora. Pero sé que no son más que rostros fijos mirando desde un papel. Ellos son mis padres, máscaras lejanas.

Nunca supe si vivían, no sé el apellido de papá, no conozco su familia. La vieja hizo lo que pudo, yo también. Por eso, ni bien cumplí mi mayoría de edad me fui. La liberé. Me liberé.

Presiento que mi historia tiene algo que ver con lo que me está pasando. Algo se fue, algo perdí. Me paso el día pensando que algo falta.

No sé qué, y todavía no quiero descubrirlo.

Ya antes, alguna vez, me sentí como hoy.

## Capítulo 3

Sigo acá, esto ya me pasó antes. En aquella oportunidad no olvidé el episodio traumático que generó el encierro. Ahora tengo una laguna, y no puedo siquiera llamar a Federico, porque estoy enojada con él. ¿Porqué? No puedo encontrar la respuesta en mi cabeza.

La galería tiene tres encargados. A los tres los conozco hace años. Por la noche nadie puede quedar en los talleres, pero conmigo hacen una excepción. Creo que se preocupan. No se animan a preguntar, y eso me conviene. Si lo hicieran no sabría qué decirles. Pienso también que tal vez lo sepan y sea yo la que lo olvidé.

El celular suena, es Federico. No voy a atender.

Esperar.

Entender.

Recién entonces voy a actuar.

Creo que es el tercer día, sigo pensando mucho en Federico porque estoy asustada, desbordada. Me acostumbré a pensar en él cuando necesito que alguien me rescate, o tal vez él y yo ya seamos uno. Rabia y más soledad.

Me olvido cosas. Mi cerebro se confunde y en un intento por protegerse, reprime más de lo que debería. Tengo que ir a visitar a Federico, pero una fuerza que no sé explicar me detiene. Otra vez esa maldita fuerza. No puedo entenderla y estoy condenada a seguirla.

Me falta voluntad, estoy paralizada.

Son las siete de la mañana. Decido trabajar. Eso me ayuda, me mantiene estable. El yeso es dócil, y se ablanda. Voy dibujando mi cara sobre el molde y trato de encontrarme. Ya no quiero esconderme más. Tengo miedo. Soy más cosas de las que conozco. De mis pómulos, de mis labios, de mi nariz. Cuando la base de la máscara está lista la dejo secando a un costado. Algunas veces la veo, apartada, mirando el techo, silenciosa. Yo tengo mucho de ella, y ella de mi. Es como contemplarme desde afuera. Verme inerte y fría. ¿Como me ve la gente?

Últimamente me pregunto mucho eso. Es que siento que no me dejo ver. Nunca me gustó mostrarme. Tengo más experiencia escondiéndome

detrás de mis máscaras, ocultando mi verdadero rostro . Adornándome para que nadie me descubra. Pero antes, estar sola me permitía encontrarme conmigo. Hace un tiempo descubrí que no me escapo de mi misma en mis máscaras.

Algo cambió. Tengo que recordar qué. Sé que puedo hacer parte de mi ese cambio.

Puede que lo que me pesa es el pedazo perdido de mi historia. El dolor en mi pecho y las imágenes mentales recurrentes me llevan allí. Mi mamá y mi papá, y una niebla que los rodea.

Subo la escalera caracol y el sonido metálico de cada escalón me acompaña. El día que Federico me mostró el local por primera vez no pude ocultar mi fascinación por esa escalera. Me trae recuerdos de la casa antigua de la abuela. Me trae nostalgia. Pensar en la vieja es pensar en el vacío silencioso. Ella es la creadora de aquel agujero negro en el que a veces me abandono.

Tengo que preparar el mate antes de que las diez de la mañana me obliguen a abrir el local. Hoy no tengo ganas de hablar con nadie. Pero voy a abrir igual. Estoy atrapada. Sin mi, este lugar no funciona. Yo lo sostengo y él me sostiene. Es un pacto implícito en el que no podemos fallar. Nunca me sedujo la idea de trabajar para alguien más. Pero trabajar para uno mismo es aún peor: no descanso. Puede que algún día me aleje por un tiempo de todo. Siento náuseas. Un poco de mareo. No quiero trabajar hoy. Sigue la duda en mi cerebro. ¿Que me pasó? No me dejo descubrirlo. Estoy tan aterrada que comienzo a temblar y tengo que respirar profundo varias veces para volver a relajarme. El corazón pareciera salirse de su lugar. Mi sien palpita. Duele.

Suena el teléfono fijo. Al celular lo apague y no pienso prenderlo. Mejor así.

El teléfono no para. No voy a atender.

Me preparo el mate y bajo. Suena otra vez.

¿Si me buscan? ¿Si alguien entra?

¿Pasó algo? ¿Vi algo?

Me voy a ir.

Agarro mi cartera y salgo.

Todavía es temprano, no hay nadie por los pasillos. Falta media hora y decidí que el local quedará "cerrado por duelo". Voy a pasar rápido y si

Julio me frena para charlar digo lo menos posible. No quiero saber nada.

Julio está en la puerta.

—En media hora abrimos.

—Hola Julio. Estoy apurada.

—¿Estas bien?

—Si. ¿Porque?. Si. Perfecta. Salgo.

Julio saca un manojito de unas 20 llaves. Deduzco que va a tener para rato y me sube calor por el cuerpo, mi cara se prende fuego, lo siento en mi garganta, en mis mejillas, en mi sien. Pareciera que mi propia mente genera los obstáculos. Como si el destino leyera mis miedos y los materializara, como si se riera de mí. No quiero que me pregunte nada. No sé qué contestar. Quiero irme. Dale. Esa. No me preguntes nada. Dejame ir. No estoy bien. Si alguien viene no quiero que me encuentre. Si alguien dice que llamó y no atendí decile que no me viste. Mi cerebro no se calla. Siempre tengo la sensación que me pueden leer los pensamientos cuando los silencios se prolongan demasiado. Como si hablar fuera lo superfluo y lo verdadero se transmitiese sin palabras.

—Sos libre —me dice Julio mientras abre la puerta. Se aparta para dejarme pasar y yo no puedo contestarle. No hace falta, me leyó el pensamiento. Ojalá me entienda, todos tenemos nuestros días después de todo.

Camino por Santa Fe hasta Azcuénaga y bajo hasta Plaza Francia. La gente va de acá para allá compenetrada en sus cosas. Una adolescente pasa con el celular en la mano gritando algo de que no puede creer lo que le pasó porque ella nunca tiene buena suerte en nada. Yo tampoco tengo suerte. Una vieja gorda linyera, marrón de los pies a la cabeza, con los tobillos hinchados y los dedos tan gordos que pareciera imposible pensar que puede moverlos. Una moneda. No tengo. Pero si tengo, sólo que no le quiero dar. Hoy esa señora, conmigo, no tiene suerte. Esa gente necesita apoyo psicológico, y social y moral. Y yo no soy quien para juzgar a nadie pero mi moneda no va a cambiarle la vida y estoy apurada. Y estoy enojada. Porque cuando no estoy enojada no pienso así y creo que podría dedicar un poco de mi tiempo a ayuda social. Ese es mi sentido de justicia, siempre ahí, molestando. Pero en realidad ¿qué justicia sólo puede cambiar el destino de la sociedad? soy una heroína frustrada, que sabe que cualquier pequeñez que haga no va a repercutir en nada de manera muy profunda. La sociedad es lo que es. No quiero pensar más en nadie. Ni en nada.

Sólo voy a caminar. Camino.

El parque está lleno de gente, la ciudad despertó. Y yo quiero despertar, pero no puedo. A sólo dos cuadras está la parada del Mitre. Si me tomo el tren ahora para las 11 estaría llegando a lo de Federico. Él se pondría feliz de verme y yo también. Pero qué le diría: no sé que me pasó. Y estoy enojada con vos. Conmigo también. No sé por qué. Y el local está cerrado. Siento que le fallo a él cuando no atiende el local. Voy a volver. Voy a prender el celular, y atenderlo si suena.

Voy a dejar de esconderme. Ésta es mi vida, y no tengo nada que perder.

Pero me dura poco esa sensación de libertad. Después aparece el terror. Camino de regreso al taller, así sudando y temblando, aterrorizada. Pero vuelvo, yo puedo hacerlo. Siempre supe dominar perfectamente mis miedos. Estos días algo pasó y pienso enterarme que es. No me reconozco espantada.

Ésta no soy yo.

## Capítulo 4

No encuentro nada dentro mío y ahora me propongo cambiar de estrategia. Salir de víctima. Seguir así quieta y en silencio, esperando que surja en mi mente ese hecho que cambió todo, no ayuda. En algún momento lo que no recuerdo puede develarse sólo. Finalmente, mi vida es como mi escalera caracol, repitiéndose una y otra vez, un espiral infinito: mis miedos, mis fortalezas y esas partes oscuras que ignoro.

Los clientes andan el local. Toman las máscaras y se miran al espejo. ¿Qué verán? Solía acompañarlos durante el recorrido. Para mi era un ritual, me unía a cada uno. Paseábamos entre los estantes buscando la máscara perfecta. Hoy me mezclo con mis máscaras para pasar desapercibida, dejo que ellos miren y elijan. No me interesa entrometerme, después de todo estoy en cada una de ellas. Detrás de los colores, me escondo blanca, y observo entrar y salir rostros.

Ya casi es hora de cerrar, el sol se escondió hace horas.

Y como si posicionarse en diferentes papeles fuera la respuesta a los miedos más profundos. Y como si cambiar la máscara, para ver y vivir y sentir la fuerza desde otros ángulos, fuera la respuesta a los cambios externos, levanto la vista y lo veo. Ese chico que entró hace unos instantes no es igual al resto. Mira las máscaras de una forma extraña. Cómo si supiera que desde las paredes alguien lo observa muda. Siento que me mira, sin mirarme. Se despierta esa sensación en mi.

Se activa aquella parte de mi mente. Casi todo. Lo indispensable como para que las cosas salgan según el plan. Respiro, al fin, profundo. Mi cuerpo entero se relaja y entra en éxtasis. Durante estos días el aire sólo llegaba hasta la parte alta de mi pecho y se retiraba en un remolino tembloroso. Pero ahora ya pasó. Así en un instante. Lo miro moverse por el local, pienso, respiro, y todo mi cuerpo se acalla. Y el aire entra, relajando mi pecho, mi espalda, mis pulmones, mi corazón. Con un movimiento delicado me acerco a mi celular que mantuve apagado en uno de los cajones de la mesa. Lo prendo.

Mis movimientos son delicados, suaves. Volví a mi estado, ésta soy yo. La felicidad invade cada célula. Él se da cuenta que lo observo, pero tengo que disimular, que no note que es mi presa. Me mira, un calor sube por mi estómago. Está en la otra punta del local y siente lo que siento, estoy segura de eso. Me mira, me sonrío. Se acerca.

—Hola.

Tiene una máscara en la mano, y camina sin apartar sus ojos de mi, mientras hace pequeños movimientos con sus dedos sobre el yeso. Esa máscara esta desnuda, todavía no la decoré, la sacó de la mesa de trabajo. ¿En qué momento?

—Hermosas —me dice mientras me mira a mi y a ella.

Voy recordando. En ese momento creo recordar todo, pero sólo tengo una pequeña parte, que me va a ayudar a sortear lo que viene. Así que está bien. Le sonrió y agarro mi celular. Lo desbloqueo, después de tres días de ignorarlo. Está todo ahí. Él está acá, la misma cara sonriente que la de a foto del telefono.

Tenía razón. Es él. No puedo dejar que se sienta una presa, yo soy su presa, indefensa.

—Gracias —sonrió con la mejor cara de ingenua.

—Vamos —me dice dejando la máscara en el mostrador que todavía nos separa. Ahora tengo que actuar de la manera más astuta posible. Soy suya. Pero voy a imponer mis reglas. Mi cerebro no se calla, debe guiarme. Ahora soy instrumento suyo, como si una fuerza externa me poseyera. Pero es una fuerza propia. Soy yo, dejándome ser. Mi rostro es mi máscara. Puedo ser lo que él necesita ver. Así lo atraigo a la trampa. Así lo conduzco a los caminos que él frecuenta. A las emociones que lo absorben. Porque él es igual a mi. Una fuerza lo domina a él también, la puedo ver, tocar, sentir.

Tengo el celular en la mano, lo miro para enfocar la atención en mi cerebro: venimos hablando por whatsapp hace una semana, eso cree él. Porque la realidad es que no hablé conmigo, hablé con Federico. Él se encarga de todo. Mi trabajo ahora es llevarlo hasta la casa. Lo hice muchas veces. No es difícil. Pero nunca antes lo hice luchando con esta laguna mental.

—Vamos a mi casa de fin de semana. Le dije al cuidador que se vaya por hoy. Andá caminando hasta Anchorena y Beruti. Yo busco el auto y paso por ahí. Tengo marido e hijos así que ya sabes lo de la discreción.

No me contesta, está sacando cuentas. Pero sé que quiere ir, sabe que así puede meterse en mi vida y dominarla, desmenuzarme, ver que es lo que escondo y hacerme suya. Va a tardar en responder. Piensa en negarse. No puede decir no. Soy más atractiva de lo que él esperaba. Cosa que detesto de mi y que me resulta útil en momentos como éste. Tengo estudiado que movimientos hacer, de qué manera mostrar mi

cuerpo para que se imagine, para que fantasee conmigo.

—¿dónde es tu casa?

—En San Fernando. Vamos ahora, que no se haga más tarde. Ya avisé que tengo reunión.

Le gusta, va a ir a revolcarse con la mujer del dueño de casa mientras el tipo le cuida los hijos. Si tuviera hijos claro está. Y si realmente estuviéramos por ir a la casa de fin de semana de mi supuesto marido. Se está relamiendo por dentro.

—Ok.

Sale del local sin decir nada. Tiene que dejarme en esa situación de no saber si hago bien o mal las cosas. Cedió, pero está un poco enojado. Tengo trabajo, familia, auto y casa de fin de semana, eso le enoja. ¿Cómo puede un hombre ser lo suficientemente hombre cuando la mujer tiene más que él? Tiene miedo de no poder. Está enojado, pero la caminata le va a hacer bien. Después de todo en unas horas ya no se tendrá que preocupar nunca más por nada.

## Capítulo 5

Cuando pienso en todo lo que pasó, estoy segura de que los hechos se fueron sucediendo de una manera perfecta. Si faltara un detalle, esta historia no sería lo que es. Estoy obligada a contar el pasado, porque explica el presente. Y hay puntos claves en los sucesos, que de no haber ocurrido de ese modo no me hubieran conducido a donde estoy.

Al tiempo de haberme instalado en capital conocí a German.

Sin German jamás hubiera sido posible. Y aunque me siento limitada por las palabras no puedo dejar de intentar relatar de la manera más precisa los hechos. Lo que rescato es que una vez frente a la computadora las palabras simplemente salen y revivo cada detalle cómo transportada a aquellos años, a aquellas horas, con sus olores y colores.

Mi llegada a Buenos Aires. Aquel trabajo de medio tiempo que me había conseguido mi abuela. Cómo todas las cosas que venían de su parte, nunca supe quien estaba detrás de lo que ella hacía. Sabía que no lo hacía por mí. Pero nunca terminé de entender. Fué una especie de administradora en mi vida por el período de 18 años. Eso me lo había dejado bien claro. Me mandó con un trabajo de medio tiempo y una cama a Buenos Aires y nunca más la volví a ver. También me informó, a manera de un trámite vencido, -y recién a mis 20 años y medio-, que yo era dueña de un plazo fijo con mucho dinero herencia de mis padres, según sus propias palabras. Todavía puedo ver sus ojos impávidos mirando a la distancia, como si nada de mi le importara. Estoy convencida que realmente no le importaba. Y así se deshizo de mi, y yo de ella. Y un par de años después murió y yo no la llore. Durante mi adolescencia me había prometido a mi misma dejar de llorar mi historia oculta familiar. Hoy creo que aquella vida me preparaba para ésta. Aquel pasado le da sentido a mi hoy. Eso es lo que Federico también cree. Es lo que nos mantiene es este camino.

Recién llegada a capital, me encontré presa de un trabajo de medio tiempo en una oficina pública de microcentro, rodeada de cincuentenarias que comían biscochos, tomaban mate y se relacionaban con frases frías y secas. Esa clase de gente que parece hecha de cera y goma. Las veía carcajearse de cosas sin sentido como gallinas a punto de poner un huevo. Yo tenía que mezclarme, formar parte del grupo. Siempre había sido buena en el arte de las máscaras. Entonces permanecía con una mueca tonta, y las escuchaba hablar, esas voces chillonas y ásperas, los labios secos y sus ropas de moda de clase media administrativa. Para no dejarme absorber por sus energías de vida armada y cómoda ponía mi

mente en blanco y sus voces desaparecían. Mi mente volaba de ese cubículo de tortura de la administración pública, y yo podía salir por esa ventana sucia de madera llena de caca de paloma hasta la nube blanca que se veía en el cielo allá no tan lejos. Y respiraba, y era libre y entonces veía desde lejos aquella ventana y a lo lejos se sentía un murmullo de risotadas que de repente se acallaba al instante que explotaba una bomba en la habitación y las llamas de fuego brotaban por las ventanas cagadas, y los pellejos chillaban y en pocos minutos eran piel derretida sobre sí, sangre quemada, olor a carne cocida. Y entonces sonaba mi interno y tenía que atenderlo. Y volvía a mi silla de mi escritorio de mi pieza polvorienta del edificio viejo de la administración: *si hola señor, cómo le va... ningún inconveniente, aguarde en línea por favor...* Lo que sí era conveniente era ganar algo de plata por mes para tratar de que mi cuenta de banco no se esfumara antes de terminar mi carrera y conseguirme un trabajo más rentable. Por un tiempo más tendría que soportar el encierro.

Empecé Bellas Artes en la UBA. Ilusa. A los pocos meses supe que no iba a terminar la carrera. Pero descubrí que presenciar algunas clases me daba un alivio engañoso, me permitía pensar que no estaba malgastando ni mi juventud ni mi tiempo. Traté de aprovechar al máximo las clases, sabía que del estudio no dependía mi carrera artística. Para entrar a ese mundo hacían falta contactos: gente con dinero que se interesara en mi obra, un buen curador y un poquito de suerte. Y era por eso que no lograba divisar una vida a esa escala. Así que mantuve ese deseo en un cajón y me conforme con el trabajo que tenía que permitía llegar a fin de mes. Con sólo una materia o dos para cursar me sobraba tiempo, así que me inscribí en talleres, cursos y grupos. Incursioné en la literatura y la filosofía, en la sociología, la psicología y en la espiritualidad. En un momento me convencí de que para crear una buena obra debía nadar entre todos esos mundos. La esencia del ser humano estaba en la conjunción de todas esas esferas. Pero siempre quedaba algo más, y cada vez que me fascinaba con algún tema encontraba que existía un mundo debajo de ese mundo, y así de manera interminable. El conocimiento estaba oculto, como una lámina que se divide de manera infinita, debajo de un conocimiento hay algo más, alguien más. Esa complejidad me invadía, me sofocaba.

Cada día, durante meses caminé de mi casa al trabajo con la esperanza de que ese mismo sería el último día. Cómo si existiera la magia que colocara mi cuerpo en otra vida, donde podría ganar dinero de otra manera. Dejaría de formar parte de ese grupo de empleados públicos que lastimosamente esperan mes a mes por su sueldo, y mi vida cobraría otro sentido. Ahora tenía, además del agujero oscuro de mi pasado, el drama de un futuro económico y moral incierto. Por otro lado contaba con todo el tiempo del mundo para dedicarme a descubrir mi futuro, teniendo en cuenta mi edad y mi salud. Pero hubo semanas en que llegué a abismos impensados. Me sentaba a leer noches enteras. Libros de psicología y

espiritualidad fueron mi obsesión. Dejarme seducir por la oscuridad del alma no me era ajeno, y lograba disfrutarlo tanto que muchas veces creí que mi verdadero deseo era irme de este mundo, que en verdad nunca debí formar parte de él. Pero intuía que algo nuevo iba a llegar, algo diferente, que mi vida iba a cambiar radicalmente. En aquel momento no podía dimensionar cuánto. Y si no hubiera tenido el valor de seguir no podría estar en el punto que me encuentro ahora. Ni mi historia tendría tampoco ningún sentido.

Al año de haberme instalado en capital ya estaba más habituada al ritmo acelerado, y podía disfrutar de mis estados de ánimo fluctuantes. Verdaderamente los disfrutaba. Siempre tuve la capacidad de descifrar mis emociones, poder verlas sin esos velos que las disfrazan y que a otras personas logran engañar. Yo fui siempre, aun ante de saberlo, mis máscaras en bruto, sin brillos ni plumas. Si no amara ser yo sin adornos no sabría ser todas las personas que soy.

Inmersa en ese remolino que oscilaba entre lo fantasioso y lo deplorable, apareció Germán.

Todavía retengo su imagen ingresando por la puerta de aquella oscura aula de una sala perdida en once, a donde se me había ocurrido ir a participar de un taller-debate sobre las ideas de género de Beatriz Preciado, cuando Beatriz todavía se llama Beatriz.

No sentí la mínima atracción sexual por German. Y si soy sincera, creo que nunca me había entido jamás atraída por alguien. La faceta sexual de mi vida estuvo siempre a un lado. A pesar de que era una constante que mujeres y hombres me insistieran e intentaran entablar algo conmigo. Hubo desde espesos románticos, hasta adoradores de la genitalidad. También mujeres, muchas de ellas más hermosas que yo. Y yo siempre, desde pequeña, imperturbable ante todo. No exagero si afirmo que con nadie sentí esa atracción, ese temblor, esa fascinación de la que la gente habla. No conozco la necesidad de salir de casa a la madrugada para tener sexo a escondidas, o chatear hasta horas interminables, incluso desconozco lo que la palabra extrañar significa. Y no me intriga averiguarlo, creo que esa parte de las personas es la que las hace débiles y las desconcentra. Pero hay veces que creo que yo estoy mal, que no encajo, que algo en mí está cerrado, que en algún momento se liberará y voy a poder descubrir aquello de lo que la gente normal habla. Pero no puedo concluir nada, en definitiva no pretendo luchar por ser alguien más.

Todo esto es lo que soy y fui por mucho tiempo. Y cuando Germán se acercó a mí creo que despertó una simple e inocente curiosidad. De repente necesitaba experimentar todo aquello que me había estado perdiendo. Con esto no pretendo decir que tuve algún tipo de atracción hacia él, sino que me dió curiosidad saber qué es lo que vive el resto de la

gente cuando entabla una relación, y ese tipo se había puesto en el lugar indicado, en el momento justo para ser mi conejillo de indias. Lo que pasaría después no estaba en mis planes, pero fué German y nada más que él el que se puso en aquel lugar. Y si algo de culpa tuve en el desenlace, no fue premeditado, al menos aquella primera vez.

## Capítulo 6

Decidida a que las cosas fluyan para no entrometerme en una dinámica que desconocía, dejaba que German actuara en libertad. Según lo que me dijo en las primeras charlas, había tenido varias relaciones fallidas, pero eso no significaba nada especial, sólo que no era compatibles con esas mujeres. Decía que para tener una relación con él, la mujer debía ser muy especial. Y eso yo lo iba a comprobar en carne propia las semanas siguientes. Pero en aquel momento simplemente fue una frase pedante más de las que constantemente decía. Viéndolo desde el lugar que estoy ahora creo que la locura de Germán, su frialdad y su odio disfrazado de comprensión fue lo que me llamó la atención. Pero en aquel momento no lo sabía, y pensaba que tenía la situación controlada.

Unos meses antes de conocerlo había conocido a Federico, y mientras se gestaba una relación, se gestaba la otra. Con marcadas diferencias claro está. Federico era un hombre con el que tenía un proyecto en común, con el que pasaba tiempo en torno al taller de máscaras que iba a dejarme a cargo. Una relación entre fraternal y laboral nos unía desde el primer día. Estábamos creando un vínculo de confianza que jamás alguno de los dos había experimentado, pero de eso nos daríamos cuenta más adelante gracias a Germán.

German trabajaba muchas horas, pero nunca supe en qué. Nunca conocí a sus amigos, ni nos relacionábamos en público. Todo se movió, desde un principio, dentro de su esfera de control. La tercera vez que me invitó a su departamento me preguntó por mis parejas y yo, con la mayor sinceridad, le dije que nunca había tenido una. Aquella respuesta marcó un antes y un después. Caminó sonriente hacia mí, como gozando de tener una presa entre sus manos. Me besó y yo le devolví el beso. Me dí cuenta a donde iba todo y no me importó, con 18 años ya era momento de descubrir qué era eso de lo que todo el mundo hablaba.

Nada.

No pude sentir nada, mi cuerpo no me revelaba sensación alguna. Lo tenía apoyado sobre mi abdomen, entre mis piernas, tocándome los pechos por arriba de la ropa. Me sacó la remera, y el pantalón y la bombacha y yo lo dejé. Parecía excitado. Me besaba con la boca entreabierta, con los ojos cerrados. Yo estaba casi paralizada, aunque no me negaba a lo que estaba pasando. Fregaba su sexo contra el mío. Yo no sentía nada de nada. Dejaba que me toque. La respiración acelerada en mi cara. Los gemidos. Entonces sin mirarme me penetró. Una. Dos veces.

Silencio.

Quedó agitado, recostado sobre mi pecho. Todavía recuerdo el olor rancio de su transpiración. Se paró y vi que se sostenía el pene con una mano. El semen caía entre sus dedos, era la primera vez que yo veía ese líquido. Se miraba la pierna chorreada, el piso y sonreía, como si de un montaje se tratara. Vergüenza, y satisfacción. Como esas dos emociones se mezclan en un rostro. Cada detalle ahí, colocado donde debe ser, parecía un montaje. No me miró. Yo estaba quieta, callada. En mi cabeza se arremolinaron las escenas eróticas de mi vida, las únicas que conocía. Ahí estaban Anaïs y Hemingway burlándose de nosotros <<Anaïs, te siento, siento tu calor hasta los pies>>, se besaron mientras nos miraban. Esboce una sonrisa para mi misma, era la situación más bizarra a la que alguna vez había llegado.

El sexo no podía ser eso. Tampoco me interesaba seguir averiguando. Esa persona no era la indicada para contestar alguna de mis dudas. Hoy soy consciente de mi error, de la incertidumbre emocional que tuve que tener para dejarme arrastrar hasta ahí. Pero sin eso, sin él no podría estar contando esto.

Después de esa noche todo fue en picada. Tengo claro que los dos buscábamos algo. Yo quería descubrir emociones, sentimientos y experiencias que hoy sé que no se pueden manejar, que son propios de una sutileza inexplicable. Una conexión que no se inventa ni se fuerza. Él, por su parte buscaba una compañera sexual, control, dominio, poder.

Germán se había obsesionado conmigo y a partir de aquel día me insistía en que debíamos repetir lo de aquella noche. Como para demostrarme que la primera vez puede salir mal. No me veía a mi, veía su ego herido, como si a mi me hubiera importado su desempeño sexual. Cómo si le hubiera dado verdadera importancia. A mi simplemente me pareció una experiencia más dentro de las tantas de mi vida. Un recuerdo sin ninguna connotación. Una anécdota. No me imaginaba la importancia que Germán le estaba dando al asunto.

Estaba furioso conmigo por no darle una oportunidad. Se convenció de que esa noche había sido, para mí, una más dentro de una basta colección de noche de sexo. Estaba convencido de que yo tenía experiencia en esos temas a pesar de que le había sido completamente sincera. Mi experiencia en sexo se limitaba a mis libros, no tenía opción, en aquella época no existía el acceso al porno como existe hoy y yo no pensaba pagar un canal codificado para incursionar en aquel mundo. Pero German siguió insistiendo. Me acariciaba y yo le corría la mano. Repetía dejame mostrarte que fué sólo aquella vez, sos muy sexi, nunca me pasó eso. Yo no quería seguir con todo aquello. Decidí explicarle que no estaba

interesada, que no me importaba el sexo, que no quería relacionarme más de aquella manera con él.

Aquella tarde en mi departamento se enfureció. Ya había mostrado accesos de ira antes, agarrandome del brazo, obligándome a sentarme y escucharlo. Yo lo hacía, no por miedo. Realmente me interesaba ese comportamiento, nunca me había relacionado con alguien así. Mi vida, hasta él, se limitaba a mis libros, mis clases, mi taller y Federico. Nunca había tenido interés en la gente, ni en fiestas, ni en nada más que no sea meterme dentro mio y jugar con mis fantasías. Me intrigaba el comportamiento humano. Me sentía en aquel entonces una exploradora dentro de un universo desconocido. Estaba en una ciudad enorme rodeada de gente extremadamente diversa. Era un gran zoológico.

Él, parado frente a mí, gritándome como una fiera asesina. Mientras yo, desde abajo, lo observaba balbucear y acercar su cabeza. Me repetía que era una barata, que había jugado con él -cosa en la que no se equivocaba-. Lo que él no sabía era que había sido sin intenciones de hacerle mal. Es que simplemente no me importaba, ni hacerle mal ni hacerle bien. No pienso en eso cuando hago las cosas que hago. Me guío más por mi placer, por mis ideas, por mi sentido de búsqueda permanente.

Entonces, antes de que pueda entender lo que pasaba, levantó una mano por sobre su cabeza y me pegó directo en la sien. Caí de la silla. Salí volando de mis pensamientos. Todo fué un enorme zumbido, blanco, interminable. No hubo tiempo. Sentí más golpes y no pude levantarme. Mis extremidades no reaccionaban, y mis oídos no me dejaban escuchar más que ese zumbido, el sonido de la nada.

Recuerdo despertarme en el piso repleto de sangre seca. Me dolía cada parte del cuerpo. Tenía el pantalón y la bombacha casi a la altura de las rodillas. Supe enseguida lo que eso significaba. Pero estaba viva, eso fué lo primero que pensé.

Tomé dos calmantes y me bañe. Me puse la ropa más cómoda que encontré. Me senté en el sillón y, mirando un punto fijo, abrazada a mis rodillas, cómo escondiendome del universo, me prendí un cigarrillo. Por la ventana pude ver el cielo. Estaba negro. En el cielo de Capital no hay estrellas.

## Capítulo 7

Toda mi vida había transcurrido en mi cuarto, en aquella habitación de tres por tres de un pueblito del interior de Buenos Aires. Después de la escuela: mi cuarto. Era mi cueva, mi guarida, el lugar en que estaba protegida y segura. Mi mundo. Hoy aquello se repetía, volvía a aquellas épocas. Cerré la puerta con llave y no salí. No fui a trabajar ni al supermercado. No hice más que quedarme recostada en el sillón. A través de la ventana: el árbol, el cielo, el edificio vecino. Frente a mi, la vida seguía normal, la gente despertaba, desayunaba, salía a trabajar, volvía. Aquella secuencia se repetía una y otra vez. La ciudad no había frenado su rutina. Yo en cambio parecía haberme quedado en aquella noche, por más que las horas pasaban, el día se hacía noche, y la noche madrugadas. Horas de silencio y después: el ruido.

Yo seguía en aquella noche.

Con comida y cigarrillos suficientes como para revivir incansablemente las imágenes previas al golpe. Una y otra vez reconstruí la escena.

Siempre disfruté de cuestionarme aquellas mentes extrañas. Explicar los móviles del ser humano que los conducía a comportarse de determinadas maneras. ¿De donde venía la maldad?. Podía entender a aquellas personas que deseaban escapar del mundo, pero me resultaba superador poder entender las mentes como las de Germán, que lastiman sin remordimientos, sin culpa. Probé todas las clases de explicaciones posibles y supe que si no me ponía la máscara de German no podría nunca entenderlo. Debía estar en sus pies, en su alma, ser él por unos instantes. Todavía no sabía cómo hacerlo. Pero la vida es maravillosamente reveladora para aquellas personas que realmente quieren encontrar respuestas.

En mi adolescencia supe ser cada personaje solitario de los mundos de mis libros, esos que vagabundeaban por sus propios pensamientos, agotados. Nunca había encajado con la gente común. Me sentía distinta y ausente, entonces todos aquellos desgraciados resultaban un escape, un consuelo, mis hermanos.

Sabía que había algo en común entre ellos y yo. El placer por la soledad y el desengaño de una sociedad que los repelía porque no hacía más que repetirse cansada y ausente.

Cuando estaba en el colegio tenía que ponerme la máscara más neutra posible para mezclarme entre la multitud y pasar desapercibida. No formaba parte de ellos cuando comencé a trabajar, y tampoco en la universidad. De repente había momentos en los que parecía encajar, pero

entonces me invadía una sensación de vacío, como si estando rodeada de gente me perdiera de mi misma. Esa sensación me apartaba, me encerraba, me recluía.

Y ahí estaba ahora, entregada a mi destino. De alguna manera había atraído a un perverso a mi vida. Aún podía sentir su olor.

Caminaba hasta la puerta de entrada, recostaba mi cabeza en la madera fría, escuchaba el silencio, el ascensor, los vecinos yendo y viniendo. Perdía la noción del tiempo. Entonces caminaba hasta la ventana. Me acercaba, detrás de la cortina, espiaba las veredas buscando los movimientos de German entre la gente. El teléfono sonaba, yo no respondía. No quería escuchar su voz del otro lado.

Cuando el sol comenzaba a bajar llenaba la bañera y me sumergía en el agua tibia durante horas. No podía llorar, no estaba angustiada. Sumergida en el agua lograba verme desde arriba, como si aquella de la bañadera no fuera yo misma. Me compadecía de ella.

Algo en mí comenzaba a encenderse.. No era una ira irracional. Era algo más, algo que superaba a German. Eran todas las mujeres, hombres, niños como yo contra todos los Germanes. Pasaron días enteros donde lo único que escuchaba era el latido eufórico de mi corazón. Me imaginé a Germán en agujeros profundos, su cadáver putrefacto colmado por gusanos. Pude ver mis manos apretando su cuello despacio, mientras su piel se ponía roja y sus ojos saltaban vidriosos de sus cuencos, implorando. Yo concentrada en terminar con su maldad, con su soberbia, viendolo agonizar. Él viviendo su propio fin, sabiendo que no hay vuelta atrás, sabiendo que se equivocó de persona cuando creyó poseerme por completo.

Entonces se agotaba la escena en mi mente y creía que ese tipo de venganza era ajena a mi persona, pero el calor me invadía y el corazón se me aceleraba. ¿Hasta que punto era yo capaz de eso? ¿Acaso así se gestaba una mente criminal? ¿podría llamarse criminal a alguien que elimina a un criminal? ¿No estaría redimiendome de mi crimen en instante en que elimino al autor de futuros crímenes contra inocentes?.

Entonces entendí: German era lo que yo era, él era yo mostrandome a mí lo fácil que es complacer ese tipo de impulsos. German me mostró que puedo hacerlo. No podía haber otra explicación más acertada.

De repente aquella que me miraba desde afuera, que se compadecía de mí era la que me introducía a ese mundo nuevo en el que la justicia tenía un sabor dulce. Otra yo me mostraba posibilidades nuevas donde cualquier cosa podía llegar a ser. En el que yo era capaz de todo. De

pronto supe que ella había sido la que siempre me había mantenido a flote. Ahora pretendía tomar el control, y yo estaba encantada de cederlo. Ya no tenía nada que perder.